

Carlos, Cardenal Amigo Vallejo

LAS COFRADÍAS Y EL ENTORNO SOCIAL EN LA TRANSMISIÓN DEL
EVANGELIO. HERRAMIENTAS PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Barbastro, septiembre 2010

Introducción

I. ENTORNO SOCIAL

Una situación crítica

Solidaridad y caridad cristiana

II. RECURSOS Y CRITERIOS PASTORALES PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Cofradías y nueva evangelización

Pastoral cofrade

CONCLUSIÓN

Introducción

- Barbastro... Ciudad antigua, importante, historia, espiritualidad, cuna de la Corona de Aragón, Magnífica Catedral, con un increíblemente bello basamento de alabastro en el retablo mayor... Aquí nacieron San Josemaría Escrivá y el Beato Ceferino Giménez Maya, El Pelé, un mártir gitano... La Semana Santa y sus Cofradías (San José, La Merced, Columna, Nazareno, Agonía, Dolorosa, Descendimiento, Sepulcro...

I. ENTORNO SOCIAL

Por una de esas extrañas e incomprensibles paradojas, nos encontramos, al mismo tiempo, ante la marginación de lo religioso y la actualidad de las religiones. Se quiere imponer el laicismo y la secularización y no sólo proliferan las manifestaciones, sino que se promueven desde instancias oficiales que, en otras parcelas sociales y culturales, se empeñan en marginar lo religioso. El pretexto de un apoyo cultural y festivo, olvidando lo religioso, sería poco menos que una sustracción interesada de un valor que pertenece a la fe religiosa del pueblo.

Entre la tradición y el futuro, el pueblo quiere vivir las mejores esencias de su identidad cultural. Lo religioso está en su alma. Con unos contrastes muy significativos: la mayor parte de la población se confiesa católica y, al mismo tiempo, con índices muy bajos de práctica religiosa dominical. Con multitudinarias manifestaciones religiosas externas, y escandalosos índices de pobreza y marginación. Con maravillosos templos, y sorprendentes carencias de estructuras

adecuadas para el diálogo entre la fe y la cultura. Con numerosas Cofradías y escasa participación en asociaciones y movimientos apostólicos. Con abundancia de signos religiosos, y más que señales de un anticlericalismo militante.

En fin, que vivimos en medio de unas sorprendentes contradicciones. Se habla del olvido de la fe y del retorno de lo sagrado, de la superación de la creencia y de la praxis ritualista, de la secularización de las costumbres y de la abundancia de signos religiosos, de la crisis de la fe y de la moral y del auge espectacular de la religiosidad popular. Participación masiva y pública, uso de hábitos e insignias, pertenencia a asociaciones, abundancia de actos y celebraciones, presencia multitudinaria de los jóvenes, incorporación de la mujer, sentido colectivo de fiesta... Al mismo tiempo que se retiran los signos religiosos en la esfera de lo público.

Mientras unos reciben con gozo y esperanza el retorno de lo religioso, para otros esta nueva religiosidad es una llamada de atención para estar alerta y reemprender la campaña laicista. La religión interesa como fenómeno cultural, como marco para el encuentro con las propias raíces de la tradición, como fiesta popular y ocasión para congregar a los que la vida ha dispersado. Pero lo religioso no cuenta en la esfera pública y social. La relación con la Iglesia, más que de crítica, es de indiferencia.

Una situación crítica

“La crisis económica que vivimos tiene que ser abordada, principalmente, desde sus causas y víctimas, y desde un juicio moral que nos permita encontrar el camino adecuado para su solución. No tenemos soluciones técnicas que

ofrecer, pero sí entra dentro de nuestro ministerio iluminar con la doctrina social de la Iglesia el grave problema de la crisis, teniendo presente la verdad sobre el hombre, «porque la cuestión social se ha convertido en una cuestión antropológica». Sólo de esta manera podemos afrontar su auténtica solución.

Somos conscientes de la gravedad de la situación en la que nos encontramos, por causas que tienen su origen en la pérdida de valores morales, la falta de honradez, la codicia, que es raíz de todos los males, y la carencia de control de las estructuras financieras, potenciada por la economía globalizada” (CEE. *Declaración ante la crisis moral y económica. 27-11-09*)

Es especialmente significativa la incidencia de la crisis en las *familias*, sobre todo en las *familias* numerosas y en los *jóvenes*, en los *pequeños empresarios*, en los *autónomos del campo*, en los *emigrantes*. Entre las *recomendaciones, espacialmente para los cristianos:*” Fomentar la responsabilidad hacia el bien común y hacia las víctimas más afectadas por esta situación. Promover actitudes cristianas para el compartir es especialmente Necesario en esta coyuntura” (Ib.).

Cáritas española, al terminar un Congreso Europeo sobre Pobreza y Exclusión Social (*Madrid, junio 2010*), ha puesto en manos de los poderes públicos un paquete de propuestas acerca de la erradicación de las condiciones de pobreza, en la que viven más de ochenta millones de ciudadanos en Europa.

“Para un sector muy importante de la población, la crisis no es un fenómeno nuevo, ya que su acceso a derechos como un salario digno, una

vivienda, un empleo, educación, salud..., estaba hipotecado. Como es obvio, el paro está afectando principalmente a los más jóvenes, a las mujeres, a las familias con menores y a los inmigrantes, así como a los parados de larga duración y a las personas con menos cualificación. Y es así porque esta situación ya era la habitual en los años previos a la crisis, que, con su eclosión, se ha visto incrementada” (*Propuestas de Caritas Española para unas Políticas Sociales 2010-2020*).

Solidaridad y caridad cristiana

Hemos visto el análisis, pero, ¿qué hace la Iglesia para remediar la pobreza?

Los números son impresionantes: cerca de siete mil centros. Enseñanza, hospitales, institutos asistenciales, reeducación social, orfanatos... Y millones de euros que la Iglesia “aporta” al Estado con esta ingente labor social y educativa.

Números tan espectaculares hablan por sí solos, sin embargo, la credibilidad de la Iglesia, más que por las cantidades, tiene que llegar a través de la ejemplaridad de las personas. La caridad, la solidaridad, la justicia no se discuten, se practican y, de los pobres, no se presume. A los pobres se les sirve y ayuda.

¿Qué hacen las cofradías ante esta situación? Este puede ser el momento en que Dios llama a las Cofradías a suscribir un serio compromiso de solidaridad y de caridad cristiana, así como un decidido empeño de asumir su responsabilidad evangelizadora.

Sería necesario suscribir una especie de “pacto cofrade” sobre la acción caritativa y social conjunta, tanto a niveles locales, diocesanos, nacionales... Un pacto, en alguna forma parecido al que propone Caritas como Pacto de Estado por la inclusión social, y con estas características: *concreto* y con las reformas necesarias que permitan su cumplimiento; *prioritario*: poniéndolo en primera línea de importancia entre los programas de actividades; *integral*: uniéndolo a las diversas acciones propias de las Cofradías; *multinivel*: asunción de compromisos adecuados dentro de la variada situación de cada Cofradía; *participado*: entre las distintas asociaciones y organismos tanto eclesiales como públicas; *evaluable*: con informes actuales sobre el progreso en el cumplimiento de este pacto (Cf. *Propuestas de Caritas...*).

II. RECURSOS Y CRITERIOS PASTORALES PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

La Iglesia, como decía Pablo VI, existe para evangelizar, es decir, para poner la vida y doctrina del Evangelio en todas las realidades humanas en las que nos podemos mover. Teniendo en cuenta que la Iglesia no existe para adaptarse al mundo, sino para evangelizarlo. Otra cosa son los métodos pastorales apropiados para realizar tan inexcusable misión.

Cofradías y nueva evangelización

Benedicto XVI anunciaba, el pasado 28 de junio, la creación del *Consejo Pontificio para la nueva evangelización*, “con la tarea principal de promover una renovada evangelización en los países donde ya resonó el primer anuncio de la fe y están presentes Iglesias de antigua fundación, pero que están viviendo una progresiva secularización de la sociedad y una especie de 'eclipse del sentido de Dios', que constituyen un desafío a encontrar los medios adecuados para volver a proponer la perenne verdad del Evangelio de Cristo”.

La Cofradía no es una simple asociación de personas para conseguir unos objetivos más o menos inmediatos. Es una forma de vivir en cristiano, de seguir a Jesucristo, de estar en la Iglesia, de caminar como ciudadanos de este mundo, de sentir el calor de la propia familia. Una Hermandad no es solamente una agrupación a la que se pertenece, ni siquiera una serie de actividades religiosas en torno a unas imágenes veneradas. La Hermandad es un espíritu, una vida, una fe, un patrimonio espiritual.

La práctica de la caridad es algo esencial en la vida de una Hermandad. Así lo dice Benedicto XVI: "Aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo... Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama... No se trata ya de un "mandamiento" externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros" (*DCE 18*).

Las Hermandades son un camino, una ayuda para vivir mejor en cristiano. La Hermandad ofrece los medios que el cristiano necesita: Palabra, Sacramentos, Caridad. El verdadero Hermano Mayor y "propietario" de la Hermandad es Cristo. La Hermandad es de Cristo y habla de Cristo. Promovida por la Iglesia para ayudar a la misión de la Iglesia: conocer a Cristo y tomar el Evangelio como norma de vida. Nacida y encarnada en la cultura de un pueblo. Habla al pueblo con el lenguaje del pueblo. Vive el amor fraterno y administra una bolsa de caridad.

Son muchas las personas que se acercan a las distintas formas y manifestaciones de la religiosidad popular. Pueden llegar atraídos por distintos valores, pero se les debe ayudar a discernir el sentido fundamentalmente religioso de las actividades en las que desean participar. Para estas personas, la religiosidad popular es un vínculo que les une a la Iglesia y a la verdad cristiana sobre Dios y sobre el hombre. Pero habrá que estar muy atentos para que esa religiosidad no derive en formas extrañas a la auténtica vivencia de la fe cristiana. Para ello, habrá que huir de una pastoral fría, intelectualizante, abstracta y distanciada del pueblo

En esta pastoral cofrade, para una nueva evangelización, son capítulos tan importantes como imprescindibles son todos aquellos que afectan al misterio de Cristo y la vida eclesial:

El *Evangelio* es la levadura más eficaz, con virtud más que suficiente, para transformar el mundo. No tenemos otra sabiduría, ni otra fuerza. Anunciamos a Jesucristo. Con este convencimiento se cura esa extraña vanidad de querer presumir de las añadiduras y olvidar lo que verdaderamente construye el reino de Dios.

Ante la obsesión del utilitarismo, no ahogar *el Espíritu*, sucumbiendo ante el alud de cavilaciones, dudas, ambigüedades, esperando el día perfecto de una sociedad imposible. Dejarse llevar por el Espíritu de Dios es gustar la libertad presente en el conocimiento de que, más allá de cualquier duda, está la bondad de Dios como garantía para encontrar la verdad.

Contemplar a Cristo para identificarse con él. Es trabajo de oración. Que solamente realizándolo cada día se mantendrá vivo el punto de referencia para las ideas, la fuente de ejemplaridad para el comportamiento y, lo que es más importante, la vida de gracia que se necesita.

La transmisión de la fe. Es uno de los temas más importantes y urgentes. En la familia es donde tradicionalmente se ha recibido la primera y más inolvidable catequesis, donde se ha aprendido a rezar, donde se ha ido formando la conciencia cristiana. Parece que esa cadena de transmisión se ha roto o que no tiene la suficiente fortaleza. Muchos padres ya no comunican la fe a sus hijos. Simplemente por que no la tienen o porque, en el mejor de los casos, delegan este cometido al colegio o a la parroquia. En la transmisión de la fe, los padres, la familia, son siempre insustituibles.

Con la ley de Dios. Muchas personas pretenden vivir como si Dios no existiera. Organizan su vida al margen de la ley de Dios. El resultado es la desorientación, la indiferencia, el no encontrar sentido a una existencia de la que hay que disfrutar sin pensar en más. Solamente la fe en Dios puede llenar el vacío que deja el pecado en el corazón del hombre.

Sentido eclesial. Ante el individualismo es necesario subrayar el sentido de coresponsabilidad eclesial. La unión con Dios y con los hombres urge acciones solidarias. El amor a Dios y a los hombres envuelve la propia vida en la existencia compartida en el mismo amor que se nos ha dado en Jesucristo. Más allá de la unidad, como valor humano, está la comunión en el mismo Espíritu de Dios.

Ante la posible indiferencia, *valorarse como cristiano* y actuar en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone. Tan lejos del orgullo y el desprecio a los que viven de otra manera, como de una actitud rayando en lo vergonzante y jugando al disimulo.

Se trata siempre de *asumir el dinamismo evangelizador del Espíritu*, que llama a construir el reino de Dios. El primer objetivo no puede ser otro que la evangelización. Buscar a Jesucristo y hacer presente su vida, su mensaje, su Evangelio en medio de cualquier situación en la que se encuentren los hombres y mujeres de este mundo. Este es cometido imprescindible en la vocación de cualquier cristiano.

Una catequesis para todos. Se necesita oír hablar de Dios, de Cristo, del Evangelio, de los deberes y de las esperanzas del cristiano. En esto consiste la catequesis: en dejar caer la palabra de Dios sobre la propia vida. Esta pastoral no puede limitarse a una etapa de la existencia, como puede ser la infancia y la juventud, sino que tiene que extenderse a lo largo de la vida, aunque los métodos y las formas sean distintos y adecuados según la situación de cada uno.

Hacer comprender el *sentido trascendente de la vida*. Hay una especie de humanismo deshumanizado en el que se prescinde de Dios y de toda realidad

trascendente. El hombre se queda sin punto de referencia para los grandes interrogantes de su existencia. Y como la lámpara no se enciende para ponerla debajo de la mesa, sino para que alumbre la casa, el intelectual debe empeñarse en mostrar la verdad, la racionalidad, la inteligencia, lo ético, lo moral, la fe.

Mantenimiento y defensa de la propia identidad. Desde nuestros convencimientos más arraigados y profundos, Cristo es el que revela el plan de Dios sobre la creación y en particular sobre el hombre. Él es quien "manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (RH 8)

Un *testimonio abiertamente confesante de la fe* en Jesucristo como revelación del Padre será la mejor respuesta al desafío de la contracultura del agnosticismo. Igual que la aceptación y la valoración del hombre en su personalidad total, con la proclamación y el respeto a su libertad personal y su derecho a vivir como hombre, constituyen la mejor respuesta cristiana a la subcultura del fatalismo, del hedonismo y de la idolatría materialista en todas sus formas.

Habrá que *reconciliar a la persona con Dios*. Acercar el hombre al conocimiento y al amor de Dios. Ayudarle a vivir la cercanía de Dios. Ponerle en el camino de Dios. Si el hombre necesita razones para vivir y para esperar, Dios es la primera y la más grande de las razones. Al reto del ateísmo o del agnosticismo solamente puede responder el testimonio creíble y confesante de la fe en Dios. En un mundo en el que se ignora o se desprecia a Dios, solamente cabe el lenguaje transparente, sincero, religioso y testimonial de Dios, que ponga al hombre cerca de Dios, que haga ver a Dios.

La *acción caritativa y social* ha de figurar en la primera línea de los planes y proyectos cristianos. Se puede decir que hay una gran sensibilidad en este tema de la caridad, pero todavía nos queda mucho camino por recorrer. En la lucha contra la deshumanización, ir más allá de los derechos humanos. Lo cual supone respetar y vivir esos derechos, pero no quedarse simplemente en ellos. El amor llega siempre más lejos. Cuando la justicia termina de recorrer su camino, el amor continúa avanzando.

Las Hermandades son asociaciones de la Iglesia. Como tales han sido reconocidas y en la Iglesia permanecen. El culto y la caridad están en lo más esencial de su constitución y de su vida. Por otra parte, la atención los pobres ha sido, desde siempre, algo consustancial con la historia y la vida de las Hermandades. Y la caridad se ha considerado siempre como piedra de toque, baremo e indicativo de la vitalidad de una Hermandad.

Culto y caridad son inseparables. No se puede pretender honrar a Dios y volver la espalda al necesitado. Las Hermandades quieren vivir el misterio de Cristo. En esa cruz del Señor no se puede separar el brazo del culto sincero y el de la caridad fraterna.

El tomar conciencia, reflexionar sobre la pobreza y animar a la práctica de la caridad, no solo no es algo ajeno a la vida de las Hermandades, sino algo muy presente en su misma esencia cofrade.

Buscad en vuestros orígenes. En vuestras Reglas. En vuestra historia. Si algunas asociaciones tienen como algo fundamental la caridad, son precisamente

las Hermandades: asociaciones para el culto y la caridad. Una caridad sin pobres, sin vivir la pobreza, es una teoría hueca y hasta un sarcasmo ofensivo para los más necesitados.

Las Hermandades, se dice, con los encargos que realizan (enseres, obras de arte, restauraciones, elementos para sus actividades de culto...) promueven una actividad social y proporcionan muchas horas de trabajo y de salario. Lo que se reconoce y agradece. Sin embargo, hay que tener en cuenta el orden de prioridades, lo necesario y lo superfluo, las obligaciones de justicia y la atención a necesidades perentorias e inmediatas.

La cofradía es un ámbito apropiado para reflexionar sobre el amor fraterno. La pobreza y los pobres no son para las Hermandades una actividad ocasional, es la razón de su existencia, finalidad primordial recogida de sus mismas Reglas fundacionales.

Reflexionar, tomar conciencia, aplicar las consecuencias sobre los desafíos de la pobreza y la acción evangelizadora de la Iglesia, es algo muy propio de las Hermandades y que, sin duda, contribuirá a revitalizar las mismas Hermandades y a elevar las cotas de su credibilidad cristiana y social.

Pastoral cofrade

"La religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo" (*Puebla... 450*).

A modo de propuestas, vamos a ir sacando una serie de conclusiones, de cuanto venimos diciendo, acerca de la pastoral de las cofradías y de la religiosidad popular:

Afirmar de forma inequívoca el carácter religioso de la piedad popular. Frente a la ideologización y manipulaciones habrá que poner de relieve el carácter religioso y eclesial, afirmar el papel del ministerio jerárquico, estar presente como Iglesia en la promoción de la religiosidad popular, predicar la exigencia de coherencia entre fe y vida que comporta la participación, evitar la manipulación política y la instrumentalización comercial.

Declaración de confesionalidad religiosa y cristiana. Superar cualquier indicio de una religión sin Dios, sin experiencia de lo divino. Es el gran peligro al que está avezada una religiosidad secularista, agnóstica, de participación sin fe, de valoración simplemente cultural, de fiesta sin misterio, de creencia atea. Se cree en el pueblo, no en Dios.

Valorar la cultura propia de cada pueblo. Asumir la cultura y los modos de hacer que configuran la vida de un pueblo es algo imprescindible para poder dialogar con ese mismo pueblo en el lenguaje de la fe. El Evangelio no destruye sino que recoge valora, y hace propia la realidad de lo humano. Ni se puede ignorar, ni tratar con indiferencia el valor e idiosincrasia de los pueblos, mucho menos anular su historia, sus valores propios, sus actitudes y expresiones. Ciertamente que será necesaria una labor de discernimiento y de purificación de aquellos elementos que dificultan el reconocimiento del valor de las mismas

expresiones culturales. Dios ha puesto su mano y su gracia en todas las culturas, pero también, en la realidad cultural, aparecen las secuelas del pecado.

Con la Iglesia católica. "Si bien el Evangelio es independiente de todas las culturas, es capaz de impregnarlas todas sin someterse a ninguna. En este sentido, el Espíritu santo es también protagonista de la inculturación del Evangelio, es el que precede, de modo fecundo, al diálogo entre la Palabra de Dios, revelada en Jesucristo, y las inquietudes más profundas que brotan de la multiplicidad de los hombres y de las culturas. Así continúa en la historia, en la unidad de una misma y única fe, el acontecimiento de Pentecostés, que se enriquece a través de la diversidad de lenguas y culturas (*Congregación papa la doctrina de la fe. Nota acerca de algunos aspectos de la evangelización, 6*).

Actitud positivamente crítica. Hay que aceptar el hecho, la extensión, la participación multitudinaria, la sinceridad de muchos, la ignorancia disculpable de otros, y la posibilidad de que Dios hable a todos. Es verdad que se puede distorsionar ese lenguaje divino. Habrá, pues, que estar atento y no cansarse de ayudar a descubrir la autenticidad del misterio en el que se cree. Valores humanos y sociales, pero sobre todo incuestionablemente religiosos y cristianos, aunque sentidos y vividos en una identificación con las propias raíces religiosas y culturales, pero que nunca pueden reducirse a un simple fenómeno cultural, folclórico, intrascendente.

Integración de la religiosidad popular en una pastoral renovada. "Se necesita un discernimiento pastoral para sostener y apoyar la religiosidad popular y, llegado el caso, para purificar y rectificar el sentido religioso que subyace en estas devociones y para hacerlas progresar en el conocimiento del Misterio de

Cristo (*cf CT 54*). Su ejercicio está sometido al cuidado y al juicio de los obispos, y a las normas generales de la Iglesia" (*Catecismo de la Iglesia católica 1676*).

Superar el reduccionismo culturalista. Ante las interpretaciones culturales y su peligro reduccionista, evitar la limitación de lo religioso a lo cultural, aunque también es conveniente no separar lo cultural de lo religioso por el peligro de desencarnación. Recuperar el valor religioso de signos secularizados, incorporar acciones pastorales a la dinámica de las celebraciones populares.

Actualización y renovación permanente. La renovación es un valor permanente, tanto de la Iglesia, como de cualquier grupo social. Pero, en cuanto a la religiosidad, no solo es una necesidad sociológica, sino consecuencia de la conversión interior que supone cualquier acercamiento al misterio de Dios. La purificación de lo menos recto, la adhesión a la verdad revelada, exigen una atención constante, no como trabajo psicológico de interés, sino como deseo sincero de verdad y de autenticidad en la relación con Dios, donde lo secular y lo sagrado no estén en una situación de permanente conflicto, como si de una pugna de poderes se tratara. Necesidad de superar cualquier incompatibilidad entre la piedad popular y la celebración litúrgica.

Vivir el sentido cristiano del tiempo y de la historia. Con el misterio de la Encarnación Dios se ha introducido en la historia del hombre y la eternidad ha entrado en el tiempo. El Verbo de Dios realiza en plenitud la existencia humana. La existencia del hombre y el mundo tienen un sentido y están orientados hacia su cumplimiento, que se realiza en Jesucristo (*FR 80*).

* * *

Las Hermandades celebran el misterio de Cristo, vivido en las formas y modos que se reflejan en sus titulares: Amor, Humildad, Esperanza, Redención, Cautivo, Caridad, Desamparados, Encarnación, Misericordia, Consolación, Soledad, Lágrimas, Remedios, Espinas, Pasión, Piedad, Llagas... O los de Barbastro: Entrada Triunfal, Merced, Columna, Nazareno. Amargura, Agonía, Dolores, Descendimiento, Piedad, Sepulcro, Soledad.

No resulta difícil encontrar escondida en estos títulos la razón de ser de las Hermandades: vivir el misterio de Cristo y cumplir el mandamiento nuevo del amor fraterno, haciendo memoria de su pasión, muerte y resurrección.

Las Cofradías, en fin, y en el medio social en el que vivimos, pueden ser un recurso providencial para la tan deseada nueva evangelización.